

APARICIÓN

NO CREAS QUE TE ESTOY REQUIRIENDO,

ÁNGEL. AÚN SI LO PRETENDIESE, NUNCA VENDRÍAS;

PUES MI LLAMADO QUEDA SIEMPRE LEJOS.

RILKE, ELEGÍAS, IV.

I

Desprecias destruirme. Tu carne
adquiere —frente a mí— un calor
menos mortal. Afirmas
el corazón su doble miedo
de mirarte y de abstenerse. Temor
de ojos mortales.

Suelto la voz
y agradezco tu vestido: que no ilumines
con tu piel terrible
mis defectos todos,
que no me arrastres a morir de luz.

II

Deviene tu presencia, acude
a sílaba de carne y de lamento
para insinuar tus pies
cuando te invoco

atrevimiento

concebido desde antes
de que sepas
—hermosa más que el Ángel
y como él terrible—
que vas a marchitarte.

POR MANUEL IRIS

III

Quizá estás confundida, quizá
perenne, el ruido de tus pies
ha hecho callar las tardes
y tu vientre al ocultarse
provocó la noche.

De cualquier forma, Ángel de carne
Luz de carne, Piel de carne
no puedo resistir
tu desnudez de antes
y después de todo: Lo eterno es demasiado.
Tu presencia, si mortal, es una flama
que todo lo consume: Desnuda eres letal,

y no me escuchas.

IV

No estoy llamándote, flama clarísima
porque no canto en tono necesario para tocar tu oído
y porque mis palabras—las mejores—
se calcinan al rozarte

y aunque sé

por la verdad
por la distancia
por lo cruel
de nuestras dos naturalezas
que este poema jamás va a llegar a ti
lo arrojo hacia tu piel,

lo doy al fuego.

MIRÁNDOLA DORMIR

HE LEÍDO EN TU OREJA QUE LA RECTA NO EXISTE

GILBERTO OWEN

Como esta voz, mi lengua busca
el laberinto de tu oreja
y yo te escribo y sé muy bien
que hay algo —hay un lugar— más bello
que tu vientre
aunque jamás lo he visto.

En cambio se revelan
—entrega de la espuma, oseznos de la luz—
tus pies de pan de dulce.
Y no saber el cómo apareciste, no haber vivido
en el momento que tu espalda fue la rosa, abierta luz
de lo que significas.

Afuera escucho algo.

Afuera del poema algo te dice un canto
más hermoso que la piel
pero también más vivo: una caricia: lengua bajo lengua,
sonido bajo letra
en acto de buscarte.

¿En qué momento me has atravesado? ¿Cuándo
tu luz—incendio, llamarada—se clavó en mi pecho?

Hoy puedo hacer un verso en que no mueras nunca.

Un cáliz, un jarrón, un algo que contenga
vino enloquecido, danza, fruta
lenta

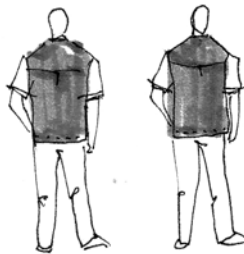
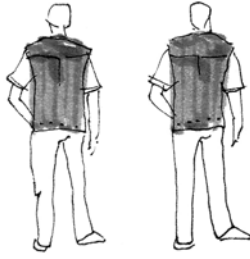
carne en movimiento
para entrar en otra carne.



Creyente de tu forma, en mi oración
he decidido no ceder al verbo de tu ombligo, a la floresta
del verano en tus pezones, a todos tus aromas.

Hoy no quiero morir: No quiero ver el río
que se aduerme en tus muñecas. No quiero andar
la forma en que te extiendes de tu piel hasta la piel
de todo lo que existe.

Árbol de mí,
estoy llegando a tu región más fértil.



Escribo un libro de diversas voces y se lo muestro a Inés, una tarde con viento. El manuscrito se titula *Cuaderno de los sueños* y resulta ser, por un azar o voluntad que no comprendo, el mismo Cuaderno de los sueños firmado por Manuel Iris que ahora el lector inútilmente descifra, lo cual confirma mis sospechas.

Inés está muy seria, silenciosa. Se ha dado cuenta de que estamos en un libro que es un sueño que otro ser soñado lee haciendo todo aparentemente más real, por las hojas impresas. Me mira y dice cosas cuatro páginas atrás. La dejo hablar y observo su cabello, sus pies que amo y la imagino desnuda, recostada.

Dejo la pluma. Salgo de mi estudio por un vaso con agua. Al caminar por nuestra habitación abro la puerta: duerme con un seno fuera de la sábana. En el estudio, sobre el escritorio descansa como un gato el Cuaderno de los sueños, que ahora corrijo y que también ahora tiene enfrente el lector. Sigo escribiendo y afuera suena el aire, las hojas arrastradas.

No puedo ser sino el aliento con que escribo, que ahora se detiene. Pero el aliento que declara que mi aliento se detiene continúa y habla de ti, me escribe desde ti, desde ella, desde los tres, y entonces surge la revelación: hay alguien más en esto. En esta línea hay otro que nos dice.

Pero ese otro, Amor
 el que te está buscando
 y queda ciego con tu luz
 aún sin mirarla
 el que le teme a tu cintura
 y que jamás
 alcanzará tu amor
 el que te escribe cuando escribo
 ese también
 quiere morderte.

MANUEL IRIS (1983) Lic. En Literatura latinoamericana por la Universidad Autónoma de Yucatán, con maestría en literatura hispanoamericana por la New Mexico State University (EEUU). Premio Nacional de Poesía "Mérida" (2009), y segundo lugar en el Premio Nacional de Poesía "Rosario Castellanos" (2003). Autor de *Versos robados y otros juegos* (CONACULTA-PACMYC 2004, UADY 2006) y de *Cuaderno de los sueños* (Fondo Editorial Tierra Adentro 2009). Actualmente estudia el doctorado en lenguas romances en la University of Cincinnati.